

1886, Barcelona.—He aquí la fecha y el lugar de nacimiento de José María López-Picó, poeta catalán, que llega, con su libro recién publicado, *Epitalami*, a estampar, bajo el título, la mención siguiente: Op. XXV. Porque, inspirándose en la música, el poeta va numerando sus obras principales, desde el primer libro, *Torment-Froment*, publicado en 1910 con la indicación Op. I, que excluía y relegaba a la condición subalterna de ensayo los versos de un *Intermezzo galant*, publicado en aquel año mismo, con poca antelación. Y aun se cuentan, en esa obra, otros diez y siete volúmenes, algunos de mucha entidad, escritos al margen de la obra poética: versos de circunstancias, traducciones, algún ensayo narrativo y, sobre todo, los comentarios de literatura y moral escritos al margen de impresiones o lecturas diarias, anécdotas externas o internas, agrupadas con un título común: *Moralitats y pretextos*, que va en cinco volúmenes, con rótulos distintos, llenando años enteros de labor, de 1917 a 1929.

Mucha de esta labor ha ornado antes las páginas periódicas de *La Revista*, cuadernos quincenales primero, semestrales hoy, en que se agrupan los nuevos nombres de la literatura catalana con características apuntaciones de las diversas literaturas clásicas y modernas. La colección de esa revista, gobernada por López-Picó desde sus comienzos, y mantenida, a menudo con dificultades muy serias, a través de los años, con tesón ejemplar, es un arsenal riquísimo. En ella se han iniciado y formado muchos escritores hoy bien notorios. Por ella han pasado los que ya tenían consagración; pero *La Revista* es, antes que museo, laboratorio.

Continuidad. La indicación que lleva el reciente *Epitalami*, Op. XXV: la empresa tenaz de *La Revista*, y, a su lado, una serie de ediciones que pasa ya de los ochenta volúmenes, el *Almanac de la Poesia*, que reúne cada año las muestras de la bibliografía poética, elegidas con mano certera, declaran que López-Picó sostiene a diario su obra. Y ello a compás de una tarea extraliteraria no poco exigente, en la Sociedad Económica de Amigos del País y en la Diputación de Barcelona y de una vida familiar muy intensa.

La Op. XXV viene a ser como el momento de las bodas de plata con la poesía, que López-Picó señala con un *Epitalamio*. Su musa es, como la cantada por Rubén Darío, de carne y hueso; y no porque se personifique en una mujer, sino por la austeridad misma de esa poesía, que pone en sus estrofas junto al corazón el entendimiento (el *seny*, para decirlo con la palabra catalana casi insubstituible).

No hará falta enumerar aquí los títulos todos de los libros de López-Picó, publicados, año tras año, en primorosas ediciones, y recopilados luego, en dos tomos hasta ahora, con el título de *Poesías*, los que llegan hasta 1918, en ediciones de carácter popular, ya agotadas; bastará con que se indique aquí brevemente el carácter esencial de esta poesía, corroborándose con algunos ejemplos, que habrán de someterse a la traducción.

Poetas catalanes de hoy

José María López Picó

= De *La Nación*. Buenos Aires. =



José María López-Picó

Por Joaquín Sunyer.

No es tarea fácil la de traducir a López-Picó. Sobre la concisión y energía del catalán, tiene las que son propias de su poesía, muy trabajada de forma y cuyo esplendor más bien revela fuerza triunfante que fluidez consentida. Se le ha comparado con algunos poetas franceses de los más significados entre los de hoy: con Claudel, con Valéry, ambos poetas difíciles. Yo, por más de un motivo, aceptaría la comparación con el segundo, sin imitación, por supuesto, ya que la obra de López-Picó iba sobre el camino seguro cuando *La parca joven* dió celebridad a su autor en el mundo de las letras.

En el comienzo, López-Picó se ve solicitado, de una parte, por la pasión amorosa que no ha encontrado aún el íntimo latido con que perdura hasta los libros más recientes, y de otra por el espectáculo del mundo, que se le ofrece en una profusión de imágenes, en formas agudas y concretas, en epigramas. El poeta fue, desde un principio, variado, a correr tras la estampa, que sabía convertir en mito, a rendir culto y homenaje a la hermosura, a sentir las palpitations del alma ciudadana, que atravesaba en aquellos días crisis muy serias. Como su poesía hubo de ser su vida, y a una y otra se refiere el poeta en uno de los sonetos de *L'Ofrena*, su Op. VI, de 1915, cuyo primer verso

suele citarse: *Ma temptació es digné diversitat:*

Mi tentación fué la diversidad;
llegó de mil colores revestida
y su múltiple luz, su claridad,
se me llevó detrás toda la vida.
Ni supe rehuir su vecindad;
cada día un pecado, sin medida,
le ofreció, por ser ella, mi ansiedad,
que así a su amada el amador convida.
Mas al día siguiente, en su locura
varia, el placer veíase agotado;
y el pecado al tornar se repetía.
Hoy mi castigo es la monotonía
siempre igual y sin luz de mi pecado
que mi existencia, día a día, apura.

A esta tentación no supo ni quiso resistir el poeta; y su obra primitiva se nos aparece hoy con toda esa múltiple coloración que le presta el mundo al quebrarse en ella vuelto reflejos, como si lo copiara en un cristal de facetas innumerables. El gusto de la literatura nueva por las imágenes tiene en López-Picó, que no es «joven literatura», como lo es Valéry, un predecesor manifiesto. Las imágenes van desde la simple deformación típica a la transfiguración metafísica del objeto. Ortega y Gasset, en el prólogo a *El Pasajero*, de Moreno Villa, analizó una de estas metáforas de López-Picó, la del epigrama titulado *De un ciprés*, que pudiera traducirse así:

Ansia de agilidad, ésa es tu vida;
de puro recia, a ser gentil no acierta;
es un deseo mudo y sin medida;
es como espectro de una llama muerta.

Ortega insiste en que no es la nueva comparación, llama: ciprés, lo que constituye el valor poético de la metáfora, sino la transmutación de los valores sensibles en otro nuevo valor, que tiene de ambos sin ser ya ellos, criatura esencial del poeta.

De este tipo abundan las metáforas en los libros epigramáticos de López-Picó: véase cómo expresa él mismo el nacimiento de la poesía, en la palabra que la expresa y en el poeta de quien sale:

Cada palabra nueva, con ruido
de alas, franco el vuelo que reclama,
se me va, como el pájaro del nido,
dejando en mí leve temblor de rama.

Otras veces, la imagen forma un mito, una leyenda; se vuelve narrativa. *De las nubes:*

Inflamadas en oro del sol pasan, barridas
a ras del mar las nubes como velas hinchidas
de un barco aventurero, vieja nave pirata...
Finge en su borde un juego de albos remos

[de plata
el vuelo de las aves de mar, y como una
princesita cautiva sobre el bajel, la luna
por no ceder del capitán al torpe fuego
se da trágica muerte... Y una voz clama luego:
— Echad el cuerpo al mar: ha muerto.—

[Abandonada
sobre las olas queda cual flor ensangrentada
la débil princesita. Y en tanto el firmamento
surcan las velas rápidas... Nubes llenas
[de viento.